

TABARDILLO.—Es usted un prestigio, si señora, pero en sus padres de usted fué ya un sentimiento.

DOÑA CELESTINA.—Gracias otra vez. Eres muy bueno, hombre. Ve por casa alguna tarde, pero temprano, ¿sabes...?

LUZ.—¿Es posible?

RABANITOS.—Sí.

LUZ.—¿Tabardillo?

RABANITOS.—Sí. Dice que tienes ángel, que no quiere verte preocupada por la urgencia de esos recibos del casero, y, sobre todo, porque no quiere que cometas una locura por esa pequeñez.

LUZ.—¡Es muy bueno Tabardillo!

RABANITOS.—Claro está que si cometes la locura por simpantía ya no es censurable... y si el simpático es Tabardillo, entonces está justificadísima.

LUZ.—No ¡nunca!

RABANITOS.—Toma el billete.

LUZ.—¡Ay, no!

RABANITOS.—Ya se lo devolverás cuando puedas...

LUZ.—¿Y si no puedo?

RABANITOS.—A nada te obligas. Es una generosidad suya: tómalo.

LUZ.—¿De veras no quedo obligada a nada malo?

RABANITOS.—Ni a nada bueno: tómalo de una vez.

LUZ.—(Aceptándolo y escondiéndolo).—Voy a darle las gracias...

RABANITOS.—Si buscara eso lo habría ofrecido directamente y sin valerse de nadie. Le molestaráis dándote por enterada.

LUZ.—¡Y luego hablan mal de los hombres!

RABANITOS.—Falta hace: sin ellos no podrían ni hablar mal de nosotras. Y ahora a cambiar el gesto, a ponerte de buen humor.

LUZ.—Ahora ya puedo, sí. No hay el miedo a mañana... ¡y no hay el mío a hoy, Rabanitos de mi alma!

RABANITOS.—Mejor, mejor...

LUZ.—No sabes lo que es el verse en la pendiente de lo que una aborrece, ni sabes el asco inmenso de ir a buscar, por miseria y por hambre, lo que a un tiempo mismo nos disgusta y nos deshonra.

RABANITOS.—¡Qué he de saber...! Yo nací Reina y Reina soy...

LUZ.—(Abrazándola).—Perdona, perdona...

RABANITOS.—Pero no lo vuelvas a decir. Es-

to, que tú sientes ahora, de cien mujeres lo saben noventa... ¡y las otras diez, son tan bestias, que no andan de rodillas toda la vida dándole gracias a Dios porque les evitó el que lo supieran!

LUZ.—Perdóname, Jesusa...

RABANITOS.—Te perdono, Sebastiana. Pero no vuelvas a llamarme Jesusa. Jesusa hace ya mucho tiempo que murió ahogada en la espuma del champagne.—(*Levantándose*).—¡¡Champagne para la Rabanitos, champagnell!

TODOS.—¡Champagnel ¡¡Champagnel!
(*Cogiendo las copas de la mesa*).

DOÑA CELESTINA.—A mí, Monóvar.

(*Entran apresuradamente los mozos y sirven*).

LULÚ.—¡¡Mamá!

JAIME.—¡Viva la Rabanitos!

TODOS.—¡Vival ¡Vival!

JAIME.—¡Abajo los manteles y arriba la Rabanitos!

(*Y de un golpe tira los manteles de la mesa con los pocos platos y copas que habían quedado*).

TABARDILLO.—(*Aparte a la Rabanitos*).—
¿Los aceptó?

RABANITOS.—Sí.

TABARDILLO.—¡Arriba la Rabanitos!

(*De la mano de Tabardillo, y sirviéndole de escabel la rodilla de alguno, sube a la mesa*).

BECERRA.—Y brinde usted por todos.

RABANITOS.—Con mil amores.

TABARDILLO.—(*A Luz*).—Un cálculo aproximado de los que tuvo.

LUZ.—Y con tantos, ¿no le valió ninguno? Poco amor había en esos amores.

TABARDILLO.—Poco. Brinda Rabanitos, brinda.

RABANITOS.—Vaya por ustedes, por todos, presentes y ausentes, por el mundo entero. El que sea feliz, que beba; el que no lo sea, que beba; el que tenga una fortuna, que beba, y el que tenga hambre, hambre de pan, hambre de amor o hambre de misericordia, que beba también cuanto pudiere. ¡Bebamos!

BECERRA.—¡Bravísimo!

TODOS.—¡Bravo! ¡Bravo!

(*Baja Rabanitos de la mesa*).

BECERRA.—En mi nombre, es poco; en nom-

bre de la Comisión provincial, le digo a usted, Rabanitos, que es usted una delicia.

RABANITOS.—Y usted muy amable.

JAIME.—¡Ahora, Becerro! ¡Ahora Becerro!

BECERRA.—Señores...

JAIME.—¡Arriba, Becerro! ¡Arriba, Becerro!

LUZ.—¡Calle, hombre!

JAIME.—¡Nol! ¡Que lo suban, que lo cuelguen; pero yo quiero ver arriba a Becerro!

TODOS.—¡Arribal! ¡Arribal!

BECERRA.—Perderemos un poco el juicio. ¡Vamos arriba!

TODOS.—¡Bien! ¡Bien!

(Aplausos.)

JAIME.—¡Que le den la oreja!

RABANITOS.—¡Calla, Jaime...!

BECERRA.—Señores: la Rabanitos brindó por todos: yo ¡brindo por todas!

JAIME.—¡Por doña Celestina nol!

BECERRA.—Jóvenes y viejas, guapas y feas; ¡por todas! Hasta la peor, la más horrible y la más desgraciada, físicamente, merece mi profunda estimación, sólo recordando que es mujer, y que las mujeres son lo único que vale la pena de ambicionarse en este mundo.

DOÑA CELESTINA.—(Con un gran suspiro).— ¡¡Ay!!

TABARDILLO.—¿Qué es?

DOÑA CELESTINA.—Que los oradores me llegan mucho.

LULÚ.—(En voz baja).—Cállate, mamá.

BECERRA.—Brindo, pues, por todas. Por las buenas y por las malas; por las que piensan que nos quieren, y por las que piensan que nos engañan; que el amor, como el dinero, no tienen valor para nosotros más que siendo nuestro, y no importa saber quién lo tuvo antes, ni preocupa el averiguar a quién irá después. ¡Por todas!

(Bebe.)

TODOS.—¡Por todas!

(Beben.—Becerra baja de la mesa.)

TABARDILLO.—¡Admirable!

DOÑA CELESTINA.—¡Divino! ¡Divino! Ve por casa, hijo, ve por casa.

JAIME.—(Siempre dándole golpes).—¡Bien, Becerro!

(Sigue.)

BECERRA.—¿Me quiere usted hacer el castañero favor de irse a escardar cebollinos en el antedespacho del subsecretario de Gobernación?

JAIME.—(*Espantado.*)—¿En el antedespacho?

BECCERRA.—Exactamente.

JAIME.—¡Hombre, señor Becerra...!

BECCERRA.—Ese es mi apellido. Y cuando quiera usted hablarme, señor Becerra; cuando me mire usted, señor Becerra, y cuando se duerma usted, señor Becerra en sueños. ¿Está usted enterado o prefiere usted enterarse de otro modo?

JAIME.—Yo creía que estábamos entre amigos...

BECCERRA.—Y váyase usted a dormir la mona en una sombrerera de viaje. ¡Largo!

RABANITOS.—¿Despacha usted así los expedientes?

BECCERRA.—Los expedientes, no; los imperinentes, sí.

RABANITOS.—Bien hecho.

BECCERRA.—Yo no me meto con nadie, señora; soy neutral. Pero reconozco que, a veces, conviene apoyar la neutralidad con algún puntapié.

RABANITOS.—Esa es también mi opinión.

ESCENA II

DICHOS: JERÓNIMO y RAMONA por la izquierda.

JERÓNIMO.—Buenas noches.

TABARDILLO.—Felices, Jerónimo.

JERÓNIMO.—Hemos oído bromas, nos han dicho que eran ustedes, y aquí estamos para rogarle a todas las señoras...

RAMONA.—Y a todos los caballeros, a que acepten una copa, que se ofrece de buena voluntad.

RABANITOS.—Aceptada con mucho gusto.

TABARDILLO.—(*Besando a Ramona.*)—¡Hola, monina!

JERÓNIMO.—Que viene conmigo señor...

TABARDILLO.—No te había visto... y quedas autorizado para no verme tú, mañana que yo vaya con ella.

(*Se dan la mano afectuosamente.*)

RABANITOS.—Dispuestos estamos.

RAMONA.—Pues andando, que luego es tarde.

(*Mutis todos, menos los de la escena siguiente.*)

NOTA.—El acto empezará bailando alguna pareja y todo él ha de ser muy movido, cambiando figuras a capricho, y en los brindis habrá jaleos, bravos,

palmas e interrupciones. JAIME dirá *Bien, Becerro*, cuantas veces le dé la gana.

ESCENA III

LUZ, TABARDILLO y el GUITARRISTA.

TABARDILLO.—(*Deteniéndola*)—¿Tú no tendrás muchos deseos de beber...? Pues quédate.

LUZ.—Bueno...

TABARDILLO.—¿Qué te parece todo esto...? Mediano, ¿verdad?

LUZ.—Mediano sí... Ese ofrecer brillantes a gritos, esas palabrotadas de Jaime, ese robar azúcar...

TABARDILLO.—Coleccionar...

LUZ.—Para mí al menos, es raro.

TABARDILLO.—Cuando los conozcas, los llamarás peores aún. ¿En qué te figuras que pone su vanidad Jaime? En decir que el mes lleva veinte días y él lleva veinte borracheras. Si no llevara más que diez y nueve inventaría una enfermedad para disculparse... Verdad que en cuestión de orgullos, hay rarezas incomprensibles: yo he conocido un señor que tuvo la desgracia de morir a consecuencia de una cox que le dió un caballo. Bien, pues la familia decía que murió de un desafío.

LUZ.—Eso honra además al adversario...

TABARDILLO.—Puede ser. Ahora que, para divertirse, aquí y en todas partes, hay que empezar por hacer lo que hagan. Si no te colocas en el ambiente serás siempre extraña.

LUZ.—Mejor.

TABARDILLO.—Pudiendo hacer lo que gustes, sí, mejor; no pudiendo, peor, mucho peor...

LUZ.—Tú eres un buen amigo... ¡lo has demostrado!... ¿por qué no me das un buen consejo?

TABARDILLO.—Pues... porque no estoy seguro de que lo bueno sea siempre lo sensato. Decirte que vivas tranquilamente, descansadamente y honradamente, es un buen consejo; pero sabiendo que estáis en la miseria, me parece una enorme insensatez el aconsejarlo.

LUZ.—Es cierto...

TABARDILLO.—Que seas muy buena, se dice pronto. Pero a sabianda de que no tienes más que el día y la noche, el cielo y la tierra...

LUZ.—(*Interrumpiéndole suavemente*).—La tierra nada más...

TABARDILLO.—¿Pues qué te voy a decir que tenga sentido común? ¡Que te acostumbres al fango, que eso necesariamente recoge todo el que anda por la tierra!

LUZ.—¡Pero es horrible...!

TABARDILLO.—Sí. Y es horrible el hambre y son horribles las enfermedades...

LUZ.—¡Calla, por Dios!

TABARDILLO.—Y como todo eso te amenaza en un final muy próximo, aún es más horrible todavía el que haya quien desprecie a la mujer que ha caído por miseria y por querer librarse al fin de esa miseria.

LUZ.—Calla, calla, que da miedo lo que dices...

TABARDILLO.—Lo más hermoso para vosotras es el tener una renta; también es hermoso y digno el buscársela trabajando, pero el trabajo de las mujeres en España no es más que una explotación pagada con una limosna. Nadie, o muy pocos, se cuida de buscaros medios honestos y bien retribuidos, y en cambio muchos se cuidan de moralizaros gratuitamente. No os dicen: «honradas... y a ganar mucho» no, os dicen: «honradas... y a morir de hambre».

LUZ.—¡Cállatel...

TABARDILLO.—Es un programa tentador y que así da los frutos.

LUZ.—Pero a mí, a mí... aconséjame a mí.

TABARDILLO.—Y qué necesidad tienes tú de

que yo, nadie, te diga ahora lo que la vida te está diciendo a voces... ¿Puedes vivir como vives?

LUZ.—No.

TABARDILLO.—Pues muérete...

(Suavemente)

LUZ.—¡Que tengo veinte y cinco años!

TABARDILLO.—Pues a vivir de otro modo.

LUZ.—¡Es que yo no quiero!

TABARDILLO.—Y qué importa que tú quieras o no quieras cuando la gran infamia que es la vida se echa implacable sobre tí... ¿Quiere el torpe ser torpe? ¿Quiere el ciego ser ciego? ¿Quiere el trabajador que se le hunda la mina sobre él...? ¿Pues entonces, que le importará a la vida que tú quieras o no quieras ser honrada?

LUZ.—¿Pero tú no comprendes que eso es desconsolador...?

TABARDILLO.—Sí, pero tan repetido que nadie se conmueve. Es la historia eterna: a uno lo atropella un carro, a otro lo atropella un tren, a otro lo atropella la miseria... Total, tres nombres y tres líneas en los sucesos del día. Nada. Ya habrán nacido otros tres para ser atropellados otro día...

LUZ.—Y no poder rebelarse. ¡Eso es lo que me indigna más!

TABARDILLO.—Ya hay quien se rebela, ya. Todas las infamias y la mitad por lo menos de los heroísmos tienen su raíz en el estómago. ¡La Gloria, la divina Gloria, habrá recogido en sus alas a muchísimos héroes hambrientos!

LUZ.—¡Van a venir! ¡Dame tu consejo, por caridad!

TABARDILLO.—Pues mi consejo práctico es que vivas.

LUZ.—¿Pero cómo? ¿Cómo vivo?

TABARDILLO.—También te lo diré. ¡Champagne! Mozo, Champagne!

LUZ.—¡Ah!...

(Y cae medio desvanecida en brazos de Tabardillo).

TABARDILLO.—Te llamarán infame, ya lo sé... ¡y no hay quien se lo llame a la vida!—*(Sonriendo)*.—Maestro, toque algo de la muerte de los Dioses...

(El guitarrista toca. Una pausa).

ESCENA IV

DICHOS: y todos, que vuelven bulliciosamente.

DOÑA CELESTINA.—*(Al pasar junto a Luz)*.—Duro, hijos míos, duro, que la felicidad es muy breve...

RABANITOS.—¿Está mala?

TABARDILLO.—Un poco mareada...

RABANITOS.—Yo creía que érais unos sinvergüenzas y estábais abrazados.—*(A Becerra)*.—Un poquito de agua para rociarla las sienas...

(Y ella la desbrocha a Luz unos botones, cayéndose del pecho de Luz la carta de los versos.)

ENRIQUE.—*(La ve y la recoge)*.—¡Este es el secreto de su indiferencia!... ¡Versitos!

«La de los ojos rasgados
y la de los labios rojos,
ya sabes lo que yo busco
en tus labios y en tus ojos.»

JAIME.—¡Más alto! ¡Más alto!

ENRIQUE.—*(Entonado)*.

«La de los ojos rasgados
y la de los labios rojos,
ya sabes lo que yo busco
en tus labios y en tus ojos.»

JAIME.—¡Vivan las coplas que dicen cositas!
¡Otra! ¡Otra!

ENRIQUE.—«Y aunque con los años veas
tus colores ya perdidos...»

LUZ.—(Que con el barullo se fué espabilando al darse bien cuenta corre a Enrique.)—¡Mis versos! ¡Mis versos para que se burlen, no!

ENRIQUE.—¡Hay que acabarlos!

LUZ.—¡No!

ENRIQUE.—¡Aunque digas que no!

(Y como ella forcejea, él la tiene separada con una mano y alza la otra para seguir leyendo.

«Yo aún seguiré besando tus labios descoloridos...»

LUZ.—¡Dámelos, canalla!

(Enrique le echa una mano al cuello a Luz. Tabardillo, de un brinco, se interpone, quitándole la carta.)

TABARDILLO.—¡Canalla, dáselos!

(Se agarran Tabardillo y Enrique, interviniendo Becerra el primero e inmediatamente todos para separarlos. Los hombres gritan: ¡Eh! ¡Vamos! ¡Basta! ¡Enrique!, todos a un tiempo, y las mujeres chillan.)

BECERRA.—¡Y a ver si nos callamos todos de una vez! ¡A callar, digo!—(Un silencio, durante

el cual sigue oyéndose la guitarra, que el guitarrista, impasible y acostumbrado, no cree cosa de parar por aquella pequeñez.)—¡Vamos a ver, señores, si hemos venido aquí a pelearnos!...

JAIME.—(Muy serio.)—Bien, señor de Becerra, bien.

ENRIQUE.—Nos veremos.

TABARDILLO.—¡(Sonriendo.)—Sí, nos veremos.—(A Luz.)—Tus versos, Luz.

LUZ.—¡Gracias. Y vámonos, se lo suplico!

TABARDILLO.—Vámonos.

(Pone el brazo de ella en el suyo y salen.)

RABANITOS.—(Poniéndole la mano en el hombro para que no salga.)—Enrique...

ENRIQUE.—Ahora, claro es que me quedo.

RABANITOS.—¡Bien dicho. Champagne para la Rabanitos! ¡Champagne!

TODOS.—¡Champagne!

TELON

NOTA.—Durante la lectura de los versos, Jaime los recita también en parte y burlándose. Los demás ríen y se burlan también de la santa poesía...